

Para una crítica de la guerra

Ecós de la guerra

Por Mario Greco

Secretario Cultura, Comunidad y Territorio

El primer relato que tengo de la guerra es una narración de mi madre, nacida en el sur de Italia a mediados de los años veinte del siglo pasado. El relato desbordaba elocuencia y austeridad, y era toda la reflexión que le escuché sobre la tragedia de la Segunda Guerra que la tuvo como protagonista infantil y adolescente en aquellos años de ascenso y caída del fascismo, en unas regiones atravesadas por la figura del “Duce”. Podría formar parte de algún film del neorrealismo: un grupo de niños de la *scuola elementare* corriendo por las calles de un diminuto pueblo sobre el golfo de Crotona coreando exaltados la palabra “guerra”. Su recuerdo la llevaba a Rosa, mi madre, a la misma reflexión sin exculpaciones por ninguna manipulación ideológica de una infancia inimputable: “qué locura que fue todo eso, y no es que no supiéramos lo que venía, teníamos tíos, abuelos heridos y muertos en la Primera Guerra, pero igual festejábamos ese delirio”. La partida hacia Argentina sería entre otras cosas una apuesta a que los nuevos aires permitieran al olvido lento hacer su trabajo. Venir a esta tierra de “paz y abundancia” implicaría asumir otros desafíos y enfrentar otras miserias. Con intermitencias aparecería algún paisano entrado en copas recuperando algún *racconto* de cuando “fui prisionero”.

Esa historia constitutiva de la sociología argentina, la de la inmigración, está enmarcada en el contexto de las guerras del siglo XX: entre 1870 y 1925 llegaban al país más de dos millones de italianos y otro tanto de españoles, multiplicados tras la guerra civil. Movimientos masivos de personas expulsadas por el hambre y la guerra.

La reaparición de la guerra en territorio europeo parece completar



el cuadro iniciado con la pandemia del Covid-19. Como una seguidilla de plagas, los discursos del poder se configuran alrededor de una nueva cronología argumentativa que será explicación necesaria para dar cuenta de un porvenir oscuro: primero fue la pandemia y ahora la guerra. Como si esta última pudiese inscribirse en el mismo registro de una catástrofe natural. No obstante, parece cada vez más evidente que los procesos sociales ocurridos alrededor de la pandemia operaron como catalizadores de un furor nacionalista generalizado donde convergen demandas y reclamos de todo tipo, asociado a una pulsión autoritaria que como ya lo explicaba Adorno es transversal a las clases sociales. Un furor y una pulsión que bien pueden reconocerse detrás de las grandes guerras del siglo XX.

Acaso se trate del regreso de esa gran tradición ideológica que junto a la experiencia fallida del “comunismo real” atravesó y caracterizó la política del siglo XX. Franco Delle Donne, otro autor de este suplemento, lo ha explicado largamente en muchos de sus textos y varios de sus podcasts. Se advierte en el volumen de las arengas de las Meloni y los Abascal que parecen estar dirigidas a una sociedad a la que podría aplicarse la metáfora de unos

reservistas vergonzantes que ahora sí están dispuestos a salir a defender sus ideologías con las nuevas caras que se proponen para esta derecha. ¿Serán verosímiles estos análisis que nos plantean el triunfo de una operación que habría comenzado en el 68 con la *nouvelle droite*? ¿Se trata del fin de los acuerdos europeístas post Segunda Guerra o de una repetición paródica en este *ricorsi* patético de un nacionalismo populista en tiempos de gobiernos globales de empresas transnacionales y autonomía total del sistema financiero mundial? O será que la insuficiencia y el agotamiento de nuestras categorías expone una incapacidad compartida para sostener lo que las grandes teorías construyeron para entender el siglo pasado: unas eficaces máquinas de lectura.

Ahora bien, más allá de las características específicas de la guerra consecuencia de la invasión rusa a Ucrania (sobre la que se ha explayado ampliamente Claudio Ingerflom tanto en sus artículos aparecidos en *Revista Anfibia* y en el *Dipló* como en el que integra este suplemento), podemos aventurar que todo el continente se ve atravesado por la cristalización de una estética, de unos discursos y de un tono bélico con los que se convive cotidianamente. Y no se trata solo de una narrativa,

a pesar de que el exagerado uso de las metáforas y los significantes del campo simbólico bélico para referirnos a muy diversas cuestiones que van desde la salud pública a la política económica pasando por la pedagogía y la crítica ideológica, hayan terminado por banalizar el hecho social dramático por excelencia. Despojada de todos los análisis y de todas las interpretaciones, la guerra vuelve a encontrarse con su sentido primordial: seres humanos que matan a otros seres humanos. Y como ya sabemos, aprendimos a convivir con las guerras de baja intensidad y menos abiertas desplegadas fuera del territorio europeo (las de Medio Oriente, las que ocurren en África o los miles de muertos en los enfrentamientos entre fuerzas de seguridad y bandas narcos en América). Sin embargo, las guerras en Europa siempre encierran el potencial de mundializarse, quizás a causa de un etnocentrismo del que no podemos escapar, aun cuando la ilusión de un continente que se piensa reservorio de la cultura de la paz y la convivencia luego del horror del Holocausto entre en crisis.

Reflexionando sobre los efectos finales que dejaría la pandemia sobre nuestras sociedades, Diego Tattian se preguntaba en un suplemento de hace unos meses si estábamos





ante el “fin del mundo”. Fin como realización de su propio destino, agotamiento de su misión. La guerra que sobrevino parece darle más argumentos para una respuesta pesimista.

La amenaza de la extinción ya no es simplemente una operación de grandes empresas capitalistas que pueden prescindir del género humano, sino que viene otra vez

de la mano del viejo recurso de las máquinas de matar con un telón de fondo donde se proyectan catástrofes climáticas, distopías de todo tipo y el regreso de unos cantos de sirena que auguran tiempos de batallas.

Luego de la Segunda Guerra, un teórico del fascismo italiano, Enzo Erra, se propuso la fundación y consolidación de la fracción política que

heredaría aquella tradición. Su activismo fue crucial para la fundación del Movimiento social italiano (MSI). Tiempo después, abandonaría la actividad política y se dedicaría a desarrollar sus tesis en un plano más de divulgación para-académica. Hace poco Pasquale Serra me comentaba la certeza de ciertas afirmaciones de Erra sobre la derecha fascista, una derecha que nace del suelo y del

Contra el goce de la guerra

Por Claudio S. Ingerflom

Se sabe: en política y en historia, cuanto más primario e infantil es un razonamiento, con mayor facilidad y menor reflexión crítica se expande. Un ejemplo es “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”. Hoy, no faltan quienes creen que el Kremlin es enemigo del imperialismo. Ayer, los soviéticos decepcionados y hartos del “socialismo” creyeron que el capita-

lismo, por ser el enemigo declarado del sovietismo, era la panacea. Allí el rechazo masivo al sistema condujo, entre otros fenómenos, a rehabilitar, por simple oposición, el sistema contra el cual estalló la Revolución de Octubre: el despotismo zarista y su brazo ideológico, la Iglesia. Más aun, en la Iglesia de Todos los Santos, en Moscú, se erigió el monumento “A la reconciliación de los pueblos de Rusia, Alemania y otros países que lucharon en las dos Guerras Mundiales y en la Guerra Civil”. Una de las placas estaba dedicada a los generales de las tropas nazis: el alemán Helmuth von Pannwitz (conocido

como responsable directo de atrocidades), el ruso Petr Krasnov,¹ el ucraniano Andrii Shkuro (los tres ejecutados en la horca en Moscú en 1947) y otros oficiales del decimoquinto Cuerpo de Caballería Cosaca de las Waffen SS hitlerianas. En 2007, la placa fue destruida “por militantes de la izquierda radical”.² En 2014, bajo la autoridad del actual patriarca Cirilo, hoy ardiente defensor de la invasión, la placa fue restaurada, con la inscripción “A los cosacos que cayeron por la fe, el zar y la patria”. En Ucrania, la rehabilitación no podía ser la del zarismo a causa de la antigua opresión colonial rusa, por lo que la reivindicación *nacional* ocupó el centro de los debates. Durante la Segunda Guerra Mundial, ese nacionalismo había incluido sectores en los que anticomunismo y nazismo se codeaban. Hitler, consciente del objetivo final de

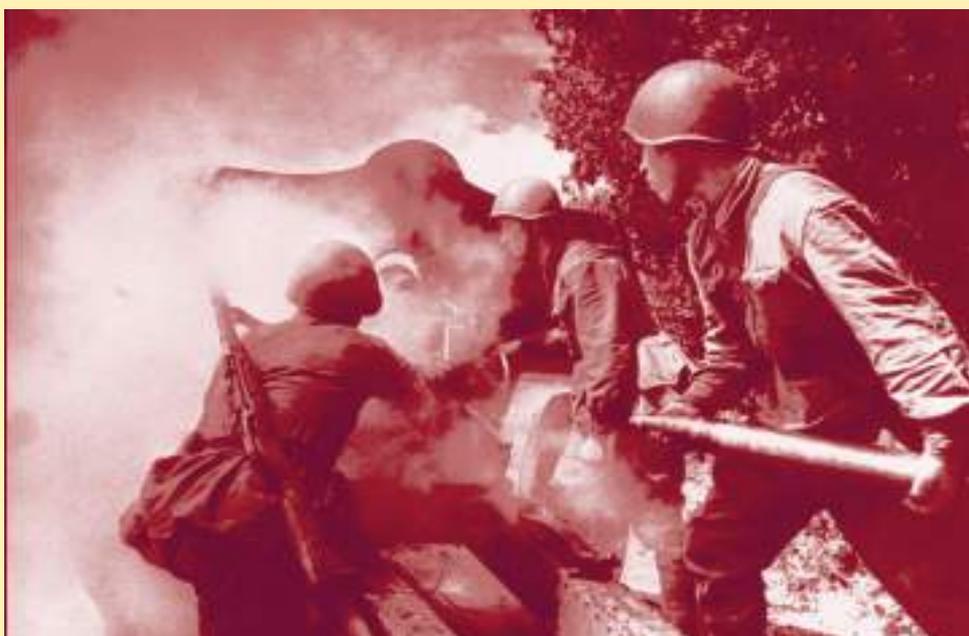
1. Su nieto, Miguel Krasnoff exbrigadier del Ejército de Chile, comandó las tropas que tomaron el palacio presidencial donde se encontraba Salvador Allende. Alto oficial de la DINA, fue condenado a principios de los años dos mil por secuestro, tortura, y desaparición de prisioneros durante la dictadura de Pinochet.

2. “Un monumento a los colaboradores nazis destruido en Moscú”, en *Lenta.ru*, 22 de agosto de 2010; “¿Quién rompió el monumento en Sokol?”, en *Moskovskii komsomolets*, 13 de mayo de 2007 (en ruso).

subsuelo de la sociedad: para Erra el fascismo no es algo que puede transmitirse culturalmente, como se hace con cualquier otra tradición política, el fascismo es un hecho, es algo que está allí, disponible, cuando las sociedades se desamparan y entran en un caos que cuestiona las formas sociales de representación.

En un conmovedor libro reciente de Paco Ignacio Taibo II, *Sabemos cómo vamos a morir*, el autor cuenta la gesta de un grupo de rebeldes jóvenes sionistas que en el ghetto de Varsovia deciden dar la batalla de sus vidas contra las tropas nazis que controlaban a cientos de miles de personas. Ese puñado de jóvenes comandados por Mordejái Anilevich saben que van a perder, pero deciden tener un último acto de autonomía y resistirse al traslado inevitable a la muerte segura que los espera en Treblinka. Ese gesto es quizás el mejor mensaje para este tiempo: recuperar para los hombres y mujeres contemporáneos la posibilidad de una autonomía que enfrente este presente de destrucción. Solo así podríamos volver a escribir los borradores de un proyecto de emancipación.

Claudio Ingerflom es doctor en Historia por la Sorbona, donde también recibió la Habilitación. Directeur de Recherches en el Centre National de la Recherche Scientifique de Francia, director del Centro de estudios sobre los Mundos Eslavos de la licenciatura en Historia y del máster en Historia Conceptual de la Universidad Nacional de San Martín, Argentina. Honorary Professor de la School of Slavonic and East European Studies, University College, Londres. Autor de más de un centenar de artículos en español, francés, griego, húngaro, inglés, italiano, portugués, ruso, y de varios libros entre los cuales se cuentan: *Le citoyen impossible*. *Les racines russes du léninisme* (1988, traducido al ruso en 1994), *Le Tsar c'est Moi*. *L'Imposture Permanente d'Ivan le Terrible à Vladimir Poutine* (2015, traducido al español en 2017), *El revolucionario profesional. La construcción política del pueblo* (2017) y el más reciente *El dominio del amo. El Estado ruso, la guerra con Ucrania y el nuevo orden mundial* (2022).



muchos de esos nacionalistas –la independencia de Ucrania– no dudó en encarcelar a dirigentes como Stepán Bandera, puesto que el proyecto nazi era la conquista de Ucrania, el pillaje de sus recursos naturales y la destrucción de la ucranidad. Hoy, en el artículo “Lo que Rusia debe hacer con Ucrania”, publicado por la agencia oficial de información rusa Novosti, su autor, Timofei Sergueitsev proclama que uno de los objetivos de la guerra es la “desucranización”, eliminar “el nombre de Ucrania”, privar a los ucranianos de su identidad.³ A esas dos rehabilitaciones, rusa y ucraniana, contribuyeron varios factores. Mencionemos dos. En la URSS, por detrás de un discurso internacionalista sobre la fraternidad, la política interna real, por un lado, mantuvo en vida y naturalizó en una parte de la población rusa, posiblemente la mayor, valores imperiales y coloniales como la autoconciencia de una superioridad nacional rusa y la violencia como condición de vida. Por otro lado, reforzó la desconfianza y sentimientos anti-rusos en otras repúblicas de la URSS y en sus vecinos. Sobre estos temas existe una vasta literatura, basta citar aquí episodios como la exterminación de los cuadros políticos e intelectuales nacionales, las deportaciones colectivas de pueblos (tártaros, coreanos, kalmyks, chechenos, ingush, etcétera) y la rusificación consecuente de sus territorios, la práctica de nombrar un ruso como número dos de los partidos comunistas que gobernaban las otras repúblicas de la URSS. Buena parte de las élites culturales rusas-soviéticas estuvieron lejos de ser impermeables a esos valores. Se podía ser ruso antisoviético, pero conservar una mirada imperial sobre los pueblos vecinos. Josef Brodsky, el inmenso poeta, premio Nobel, disidente expulsado de la URSS, físicamente se extirpó de la variante soviética del imperio, pero preservó la matriz. En un encuentro internacional de literatura en 1992, mientras que Brodsky “saludaba, abrazaba y besaba a todos”, le presentaron a la gran poeta ucraniana Oksana Zabuzhko. Entonces, desde las imperiales alturas del soñado multicultural “mundo ruso” involuntariamente liquidado un 24 de febrero de 2022, Brodsky “con una sonrisa socarrona y una mirada depredadora” se limitó a un lacónico “¿Dónde está eso, Ucrania?”.⁴

La autoconciencia imperial, ese estandarte de las élites políticas rusas bajo el zarismo y contra la cual literalmente se batieron populistas,

3. Disponible en: <https://ria.ru/20220403/ukraina-1781469605.html>

4. Véase: <https://novayagazeta.eu/articles/2022/07/09/esli-vypalo-v-imperii-roditsia>

anarquistas y buena parte de la primera generación bolchevique, Lenin incluido, fue una herencia asumida bajo el stalinismo, como un antiguo sedimento geológico y semántico que parece no terminar nunca de moldear la superficie. Así, el 31 de octubre de 1939, o sea dos meses después del pacto entre la Alemania nazi y la URSS, Molotov justificaba la ocupación de la Polonia,⁵ cuestionaba su existencia como Estado y unificaba en una misma tarea a las tropas alemanas y soviéticas: “un breve ataque a Polonia por parte del ejército alemán y luego por el Ejército Rojo fue suficiente para que no quede nada de ese monstruoso bastardo del Tratado de Versalles, que vivía de la opresión de las nacionalidades no polacas”.⁶ Quien lee las declaraciones actuales de Putin sobre el no derecho de Ucrania a su independencia y la ilegitimidad de su nacimiento como Estado no debería sorprenderse ni de la casi equivalencia entre sus frases y la de Molotov, ni del temor que Rusia infunde desde hace siglos a los pueblos limítrofes: “el nacionalismo granruso” con su correspondiente conciencia imperial y belicosa que los zares y Stalin encarnaron, está de regreso. Afirmando esto no digo nada nuevo. Tampoco se trata de



una conclusión a la que llegó únicamente la comunidad internacional de estudiosos de Rusia. Ni siquiera es lo que enuncian solamente los opositores del interior, como Svetlana

5. Después de varias guerras e insurrecciones en los siglos anteriores, Polonia se había independizado definitivamente del Imperio ruso luego de la revolución de 1917. En 1919-1921 resistió al Ejército Rojo.

6. Molotov V. M., “Informe sobre la política exterior del Gobierno”, en *Quinta sesión extraordinaria del Soviet Supremo de la URSS, 31 de octubre - 2 de noviembre de 1939*, Ed. del Soviet Supremo de la URSS, 1939, pp. 7-24 (en ruso).

Alexiévich, premio Nobel de Literatura 2015: “En la biblioteca escolar, la mitad de los libros eran sobre la guerra. No era casualidad. Siempre habíamos estado combatiendo o preparándonos para la guerra. O recordábamos cómo habíamos combatido. Nunca hemos vivido de otra manera, debe ser que no sabemos hacerlo. No nos imaginamos cómo es vivir de otro modo, y nos llevará mucho tiempo aprenderlo. En la escuela nos enseñaban a amar la muerte. Escribíamos monografías sobre cuánto nos gustaría entregar la vida por... Era nuestro sueño”.⁷ ¿Hay que ser opositor para escribir esas palabras? No. Los actuales responsables rusos, como si estuviesen viviendo en algún momento entre los siglos XVI y XIX, asumen sin complejos el pasado. Mijaíl Piotrovskii, director del Museo Hermitage de San Petersburgo, ha declarado: “Nosotros somos todos militaristas e imperiales. Al fin y al cabo, todos hemos sido educados en la tradición imperial, y un imperio une a muchas naciones, reúne a la gente encontrando algunas cosas que son comunes e importantes para todos. Es muy tentador, pero es una de las, digamos, buenas tentaciones [...]. Esto comenzó en 2014, en Crimea”, cuando Rusia se lanzó a “una gran

transformación global. *La guerra es la autoafirmación de los seres humanos, de la nación*”.⁸ En otro lugar analicé los documentos rusos que explican lo que significa esa “transformación

7. Svetlana Alexiévich, *La Guerra no tiene rostro de mujer*, Barcelona, Debate, 2015. Citado por Marta Rebón, *El complejo de Caín. El ser o no ser de Ucrania bajo la sombra de Rusia*, Debate, Barcelona, p. 54.

8. Mijaíl Piotrovskii, Director del Museo Hermitage de San Petersburgo. El destacado me pertenece. Véase: <https://theins.ru/news/252570?fbclid=IwAR16iGgTsxpDVDkFEALlwwUTzc7Ei2v-FtygD-woskUfZ8n8VKT9nEb2bVFA>

global” y el sistema de valores que ambicionan imponernos.⁹ La síntesis del plurisecular acervo cultural ruso enunciada por Piotrovskii excluye evidentemente a los Herzen y Bakunin solidarios con la insurrección polaca de 1863, a Politkovskaia investigando los crímenes en Chechenia y en general a todas y todos los que Putin, en el festival musical organizado en un estadio de fútbol repleto que celebraba hace poco la invasión y muerte de propios y ajenos en Ucrania, llamó “mosquitos”¹⁰ –Stalin los llamaba “moscas”¹¹ que hay que destruir, cuya única culpa ayer como hoy es no confundir orgullo de la cultura rusa con superioridad nacional.

Detengámonos sobre la jarana en las tribunas y la autosatisfactoria confesión sobre “la guerra como autoafirmación del ser humano y de la nación”. Lo más interesante no es la reactualización de celebraciones y expresiones caras al Tercer Reich, porque los actuales bombardeos sobre universidades, maternidades, teatros, hospitales y viviendas civiles, los nombres Bucha, Irpin o Mariúpol también nos acostumbraron a ella. Lo que me parece digno de atención en el estadio feliz con su presidente y en la declaración de un alborozado Piotrovskii –“lo decía

riéndose”, comenta el periodista– es el goce. El goce de un hombre culto reconociendo que se autoafirma con la guerra, él y la nación, ambos identificados en el culto a lo militar y

9. “¿Qué mundo nos ofrece Putin?”, en *Le Monde Diplomatique* (en español), julio 2022; *El dominio del amo. El Estado ruso, la guerra con Ucrania y el nuevo orden mundial*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2022, p. 214.

10. Véase: <https://veved.ru/events/172786-prezident-putin-o-pjatoj-kolonne-i-samoochischenii-obshchestva-v-rossii-tekst-obraschenija.html>

11. Stalin, *Sochinenia (Obras)*, Vol. 18, Tver, Soiuz, p. 435.

a lo imperial¹. Su *parresía*, su “decir todo”, en el que alegre, define el militarismo como un rasgo inherente al ser humano, es el goce del cínico que dice la verdad (como escribía Foucault). Salvo que su regocijo hace de su *parresía* una primitiva expresión de miseria ética. En diez años más, quizás, lleguemos al centenario de otro diálogo, este sí, absolutamente ético y digno, cuya abrasadora contemporaneidad se materializa hoy en la verdad de los cuerpos infantiles o adultos, inertes o amputados y retorciéndose de dolor, y no lo olvido, *no solo en Ucrania*. Transcurrió en 1932, unos meses antes de que Hitler fuera nombrado canciller imperial, y tuvo como protagonistas a Albert Einstein y a Sigmund Freud. El físico le preguntó a Freud cómo evitar las guerras, proponiendo tomar en cuenta “factores psicológicos” que no permiten impedir las, asociados al “hambre de poder, las aspiraciones económicas y los intereses particulares” de una pequeña camarilla. “¿Cómo es posible que esta someta a la mayoría, que es la que pierde y sufre en la guerra?” Einstein apunta al monopolio de esa minoría y de la Iglesia sobre la educación y la información que permite “dirigir, organizar y gobernar las emociones y sentimientos de las masas”. Pero si estos “procedimientos despiertan tal salvaje entusiasmo” es “porque el hom-

1. Si bien la dimensión colectiva del efecto de la guerra es innegable, el caso actual exige matizar el término “nación”. Las encuestas publicadas no son fiables: si un diputado puede ser condenado a siete años de campo, como acaba de ocurrir, por declarar que está contra la guerra, ¿cómo esperar que los encuestados respondan libremente a un llamado telefónico? La oposición reconoce sin embargo que entre un 52 y un 57% de la población todavía apoya la guerra, mientras que solo un 30% la rechaza. La precipitada batería de leyes y decretos represivos adoptados el último mes revela el miedo de Putin a un cambio en la percepción mayoritaria de la guerra.



Sebastián Angresano, gentileza Revista Anfibia

bre tiene dentro de sí un apetito de odio y destrucción”. Y aclara que no alude solamente a las llamadas “masas analfabetas o iletradas”, sino más bien a “la llamada ‘intelectualidad’”. Freud le responde que desde una perspectiva psicoanalítica, Einstein en su misiva “ya ha dicho casi todo lo que puede decirse sobre esto” y se explaya luego sobre las pulsiones “eróticas”, las que “tienden a conservar y reunir [y las otras] que tienden a destruir y matar”. *Ambas se necesitan recíprocamente*. La de “autoconservación es sin duda de naturaleza erótica, pero justamente ella necesita disponer de la agresión para conseguir su propósito”. Identificando en la autoconservación del poder la dimensión política de la fobia contra el feminismo y el constante himno a la masculinidad, la poetisa rusa Ekaterina Margolis escribió hace unos días: “El antifeminismo (ana)crónico ruso ha llegado ahora a su atávica conclusión lógica: la actual guerra por la ‘pertenencia’ y el ‘territorio’, desencadenada y alimentada por un ‘Estado masculino’ construido sobre los bajos instintos y las nociones de traición. No es la actitud de un

hermano mayor, sino la rabia de un amante molesto porque han preferido a otro. La rabia por la pérdida de control y posesión”.²

La pulsión de destrucción “trabaja dentro de todo ser vivo”. Pretender terminar con ella es una “bella ilusión”. Para que esa pulsión encuentre una salida que no sea la guerra, Freud propone apelar a la pulsión erótica, aunque desprovista de fines sexuales, y a la identificación de lazos de intereses entre los seres humanos. Una comunidad que someta “su vida pulsional a la razón” le parece una utopía. Sin embargo, deja abierta una posibilidad: el proceso del desarrollo de la cultura. Freud termina su respuesta compartiendo con Einstein la necesidad de una posición militante contra la guerra.³ En la URSS, la educación que prioriza el diálogo, la comprensión y el respeto de la otredad por sobre la violen-

2. Véase: <https://novayagazeta.eu/articles/2022/07/09/esli-vypalo-v-imperii-roditsia>

3. Sigmund Freud, *Obras completas*, Vol. XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, pp. 183-198.

cia no tuvo lugar. El alto funcionario ruso de la cultura apunta como Einstein y Freud a constantes antropológicas. El primero las reivindica y venera, los otros estudian cómo encauzarlas hacia otras direcciones. Einstein y Freud saben que hay esfuerzos que fracasan porque sus portadores llevan consigo el pasado sin aperebirse de ello y sin afrontarlo. Si los responsables políticos y culturales, por lo menos los que pueden analizar(se) –Lacan decía que los canallas son inanalizables–, prestasen atención a pasados nacionales que arrastran en su nuca sin verlos ni sentirlos ni pensarlos críticamente (la *Wirkungsgeschichte* de Gadamer), el mundo se portaría mejor. Siglos de conciencia imperial imbuyen a los dirigentes la creencia en una superioridad nacional que debe encarnarse en un destino metafísico. Una esencia nacional que trasciende la realidad y exige la exclusión en aras de la pureza de la nación y de sus habitantes. Es una de las razones que explican la crueldad extrema, la barbarie. Contra su propio pueblo, siempre. Hoy, también contra los vecinos. Mañana, ¿habrá mañana?

La policrisis en Alemania

Por Franco Delle Donne

Nerviosismo. El ministro de Economía alemán, Robert Habeck, ha dado su mensaje en el foro económico mundial de Davos. Los asistentes escuchan atentos pero incómodos y preocupados. Algunos dirán que es pesimista, otros lo calificarán de realista. En cualquier caso, el ministro verde ha hablado de “póker de crisis” (*Krisenquartett*):¹ crisis energéti-

ca, crisis climática, crisis inflacionaria y crisis alimentaria.

Las palabras de Habeck dibujan un escenario oscuro que va más allá de la situación particular de Alemania o Europa: “Estos proble-

1. Véase: <https://www.wienerzeitung.at/nachrichten/wirtschaft/international/2148420-Davos-und-die-Polykrise.html>

mas no se pueden solucionar de a uno [...]. Si no los solucionamos vamos a vivir una recesión global con consecuencias graves no solo sobre el clima sino sobre la estabilidad mundial”. Todo está en riesgo y, según el líder verde, la guerra en Ucrania no ha hecho más que agudizar cada una de aquellas crisis. Una policrisis.

1.

Ya hacia fines de 2016 el expresidente de la Comisión Europea Jean-Claude Juncker había hablado de la idea

de policrisis.² “Tenemos incendios en cada rincón”, explicaba el nacido en Luxemburgo refiriéndose al conflicto en Siria, la situación humanitaria de los refugiados, el crecimiento de la ultraderecha en todo el continente, la todavía irresuelta crisis del euro, entre otras cuestiones. Una policrisis, además de señalar la existencia simultánea de varias crisis, pone el énfasis en que ese conjunto de crisis

2. Véase: <https://www.tagesschau.de/ausland/juncker-interview-eu-krisen-101.html>

como un todo es mucho más peligroso que la suma de sus partes. Y como explica el historiador Adam Tooze, no se trata de crisis paralelas e independientes sino, por el contrario, de crisis que se influyen entre sí.³

La invasión rusa a Ucrania es un claro ejemplo de ese proceso. Por un lado, el rol de Rusia como uno de los proveedores principales de energía se convierte en un instrumento de presión que el presidente ruso Vladimir Putin no ha dudado en utilizar. Esto ha puesto en jaque la matriz energética europea, y en especial la alemana. De hecho el 24% del total de importaciones de gas ruso al mundo le corresponde a Alemania.⁴ Según los datos de 2020, ese gas cubría casi el 35% de la demanda energética de la industria germana, así como casi el 38% del consumo energético en viviendas. Una situación que genera cientos de interrogantes: ¿cómo enfrentará un país altamente industrializado cuya economía depende de las exportaciones una escasez de su principal fuente de energía? ¿Cómo hará la población alemana para enfrentar el invierno? ¿Qué medidas tomará el gobierno y cómo las comunicará a la ciudadanía?

II.

Esa crisis energética influye entonces en una preexistente: la crisis climática. Aquí el problema es múltiple y complejo ya que evidencia fallas del pasado, poco margen de maniobra en el presente y una agudización de la amenaza en el futuro.

Pese a la política del *schwarze Null* (déficit cero) y del *Schuldenbremse* (freno al endeudamiento) de la era Merkel, la inversión en la transición energética no ha sido lo suficientemente veloz, aunque se haya triplicado entre 2004 y 2021. El resultado es revelador: menos del 20% del consumo energético de Alemania proviene de fuentes renovables.⁵ Y si bien el objetivo de lograr una reducción de emisiones de gases de efecto invernadero para 2020 del 40% en relación a 1990 se habría conseguido, el problema sigue sin resolverse ya que la matriz

3. Véase: <https://www.zeit.de/2022/29/krisenzeiten-krieg-ukraine-oel-polykrise>

4. Según datos del Instituto de Economía Alemana (Institut der Deutschen Wirtschaft). Véase: <https://www.iwkoeln.de/presse/iw-nachrichten/verkraftet-europa-einen-importstopp.html>

5. Según datos de Arbeitsgruppe Erneuerbare Energien-Statistik (AGEE-Stat). Véase: <https://www.umweltbundesamt.de/themen/klima-energie/erneuerbare-energien/erneuerbare-energien-in-zahlen#strom>

energética no se ha diversificado. Esto significa que ante un aumento de la demanda, Alemania debe recurrir a las fuentes fósiles. Eso es justamente lo que sucedió incluso antes de la guerra. Entre 2020 y 2021, las emisiones de dióxido de carbono crecieron a raíz de un aumento en el uso del carbón.⁶ Entre otras razones, debido al fin del uso de la energía nuclear dispuesto por la canciller Angela Merkel en 2011.

El gobierno actual, un tripartito conformado por socialdemócratas, liberales y verdes, se ha propuesto desde su llegada al poder en diciembre de 2021 objetivos más ambiciosos en relación con la protección del clima. Sin embargo, se ha encontrado con la dura realidad. La intención desde el inicio, especialmente presente en el discurso de los ministros verdes, buscaba intensificar

uno". Esta vez debido a la invasión a Ucrania.

La paradoja es que el ministro verde, Robert Habeck, ha sido el encargado de comunicar la decisión gubernamental más difícil: en caso de escasez de energía por la falta de gas ruso, Alemania recurrirá a la energías fósiles.⁷ Tal como ya venía marcando la tendencia que el propio líder verde pretendía detener. Aquel plan quedó pospuesto, pero la crisis climática sigue allí.

Y si bien es posible que los verdes deban pagar un costo político por esta decisión, también es cierto que la situación excepcional que representa la guerra en Europa puede funcionar como elemento legitimador. El verdadero problema reside en que los objetivos climáticos no se cumplirán si siempre algún evento extraordinario justifica, incluso a

décadas: la inflación. Se calcula un 7% hacia fin de 2022, casi el triple con relación a 2021.⁸

Si bien para el 70% de los alemanes su situación económica personal es buena o muy buena, el 48% piensa que en un año estará peor.⁹ Esa sensación de "vamos a empeorar" también es una novedad. Hace cinco años apenas el 9% pensaba que iba a estar peor el año próximo en Alemania. Y como es de suponer, los más afectados son los de menores ingresos. El 77% de los hogares con ingresos inferiores a 1500 euros mensuales manifiesta que tuvieron que restringir fuertemente su consumo. Lo mismo expresa el 53% de los que ganan entre 1500 y 3500 euros mensuales.¹⁰

Esta situación puso al gobierno actual ante el mismo interrogante al que se había enfrentado su an-



Focke Strangmann/EPA vía Shutterstock

la inversión, profundizar incentivos para el cuidado del clima y para la reducción de emisiones y, a la vez, liderar un cambio cultural y de comportamiento más acorde con el cuidado del medio ambiente. Un plan ideal que, en principio, ha debido posponer. En efecto, ya en 2020 las ambiciones verdes y las de la Unión Europea con el *Green Deal* se vieron frenadas, o al menos perdieron protagonismo, ante la urgencia sanitaria provocada por la pandemia. Casi dos años más tarde, el tema vuelve a perder la etiqueta de "prioridad

6. Según datos de la Agencia Federal de Medio Ambiente de Alemania (Umweltbundesamt): <https://www.umweltbundesamt.de/daten/klima/treibhausgas-emissionen-in-deutschland#emissionsentwicklung>

un gobierno con una fuerte agenda ecologista, ignorar la emergencia medioambiental.

III.

¿Cómo ser lo suficiente racional para pensar en el largo plazo (aunque ya no tan largo), en el medio ambiente, en las emisiones de gases de efecto invernadero y en el consumo responsable si el problema inmediato es no llegar a fin de mes? Y es que la crisis energética ha impactado en un fenómeno que la Unión Europea en su conjunto, y Alemania en particular, no experimentaban desde hacía

7. Véase: <https://www.rnd.de/wirtschaft/habeck-will-gas-einsparen-kohlekraftwerke-koennen-schnell-hochgefahren-werden-ZSBTOBZDDHS-K6W4WV73JBIRKF4.html>

tecador, liderado por Merkel: ¿es el Estado el que tiene que intervenir para contener los efectos negativos de esta crisis? Ante la pandemia la respuesta fue afirmativa. Hasta diciembre de 2021, el Estado alemán había invertido más de 130 mil millones de euros para paliar la crisis del Covid-19. Una decisión que salvó

8. Véase: <https://www.macrotrends.net/countries/EUU/european-union/inflation-rate-cpi>

9. Según datos de Infratest dimap. Véase: <https://www.infratest-dimap.de/umfragen-analysen/bundesweit/ard-deutschlandtrend/2022/juli/>

10. Según datos de Infratest dimap. Véase: <https://www.infratest-dimap.de/umfragen-analysen/bundesweit/ard-deutschlandtrend/2022/juni/>

a mucha gente de la pobreza y el desempleo, que sostuvo empresas durante meses y que impidió que el daño producido por la pandemia fuera aun mayor. Y pese a ello, cabe destacar que la crisis aún no ha finalizado. Los casos persisten, incluso aumentan, y el miedo a mutaciones peligrosas indican que el Estado deberá destinar más recursos a este tema.

Pero volviendo a la cuestión inflacionaria, el gobierno actual, al igual que el anterior, también se ha inclinado por el principio de Estado interventor. Sin embargo, ante la suba de precios su respuesta ha sido tomar medidas aisladas, como un abono mensual de nueve euros para uso de todo el transporte público incluyendo la red regional de trenes. Una medida popular que aprovecharon especialmente los jóvenes, pero que puede ser foco de cierta decepción ya que el gobierno pretende eliminar el ticket pese a que el 63% de la población pide que se mantenga. Otra decisión del gobierno, en este caso impulsada por el ministro de Finanzas Christian Lindner del partido liberal (FDP), fue la implementación de un descuento en el precio del combustible para automotores. Una medida que no solo no logró bajar los precios, sino que además fue criticada por injusta. En efecto, el precio se mantuvo por un aumento de la demanda. Ante el miedo a

que siguieran subiendo los precios, la gente se precipitó a cargar el tanque a como dé lugar. No obstante, la crítica más fuerte no se basó en su ineficacia para cumplir el objetivo ni en el mal gasto de los dineros públicos que terminaban financiando a las empresas expendedoras, sino en su falta de segmentación: tanto las personas de altos ingresos, poco afectadas por las subas, como aquellos sectores más vulnerables recibían el mismo subsidio.

Sin una redistribución justa de los recursos del Estado crece la sensación de injusticia en aquellos más perjudicados por la situación económica. Aquí podrían ganar espacio los discursos reduccionistas de la ultraderecha que apelan al chauvinismo económico de un Estado de bienestar para los "nativos". No sería la primera vez que pueden sacar provecho del descontento. Y aquí aparece otra crisis que hasta ahora no hemos mencionado: la crisis de los grandes partidos.

IV.

Los partidos políticos alemanes *mainstream* ya no son lo que supieron ser. Mientras que hasta inicios de los años dos mil la suma de los votos de la centroderecha (CDU/CSU) y la centroizquierda (SPD) superaba el 75% del total, actualmente no logran el 50%.¹ Un escenario que no solo tiene lugar a nivel federal, sino que a nivel regional otros partidos crecen a expensas de los viejos mayoritarios. En el oeste los verdes, y en ocasiones los liberales, se aprovechan de una creciente decepción con democristianos y socialdemócratas. En el este la ultraderecha capitaliza el descontento con narrativas radicales, xenóforas y hasta antidemocráticas.

El desgaste de compartir el poder durante demasiados años en una gran coalición ha perjudicado tanto al SPD como a la Unión. La fragmentación en los parlamentos es un hecho y la sensación de inicio de una nueva era también. Será la era de las coaliciones múltiples y posiblemente muy inestables. Y si bien la cultura política alemana fomenta el diálogo, con la excepción del partido de derecha radical AfD, el problema de esta crisis estriba en aquellos partidos mayoritarios que tenían como función principal ofrecer un proyecto de país diferente. Surge la incertidumbre, palabra insoportable para

1. Véase: <https://www.tagesschau.de/wahl/archiv/2021-09-26-BT-DE/umfrage-historisch.shtml>

el ciudadano alemán promedio. ¿Qué ofrece realmente el partido verde que pese a su premisa pacifista propone el envío de armamento a Ucrania? ¿Qué esperar de un partido liberal que impulsa el gasto público desde el ministerio de Finanzas? ¿Qué rumbo tomará la centroderecha ante la sangría de votos: apostar a volver a ocupar el centro o girar hacia las posiciones ultraderechistas?

Es posible que el invierno boreal convierta esta situación en una verdadera crisis inflacionaria cuando el consumo energético por la calefacción aumente y se sume a la suba de precios. Sin embargo, hay un interrogante que es aun más importante:



afp_tickers

¿cómo se articulará este escenario ante un posible desabastecimiento alimentario?

Robert Habeck lo advertía en Davos: la crisis alimentaria también está sobre la mesa. Y es que Ucrania comercializaba el 14% del mercado mundial de trigo, cebada y maíz,² además de sus exportaciones de aceite de colza y girasol. El inicio de la guerra ha provocado un desequilibrio de impacto global. Está claro que las consecuencias serán mucho más graves para los países más pobres, pero la suba de precios en Europa tendrá efecto en el descontento mencionado más arriba. Aquí se volverán a abrir ventanas de oportunidad para los discursos reduccionistas, en muchos casos antidemocráticos.

2. Véase: <https://www.mdr.de/wissen/ukraine-krieg-steigende-lebensmittelpreise-welthunger100.html#:~:text=Wichtigste%20Getreideexporteure%20der%20Welt&text=Allein%20die%20Ukraine%20lieferte%20zuletzt,osteuro-p%C3%A4ische%20Land%20eine%20gro%C3%9Ffe%20Bedeutung>

Si a esto le sumamos el retorno a la agenda del tema de la migración, la derecha radical populista europea estaría ante un escenario muy favorable. La crisis demográfica obliga a pensar una política migratoria más abierta, que ofrezca incentivos para la llegada de población económicamente activa que sostenga el sistema social y económico de una población envejecida. ¿Quién va a trabajar cuando la generación de los boomers se terminen de jubilar en unos pocos años? La Agencia Federal para el Trabajo del gobierno alemán señaló en agosto de 2021 que Alemania necesita 400 mil migrantes por año para cubrir la falta de mano

de obra en el país.³ No se trata de una posición ideológica, sino de un hecho.

Crisis energética, crisis climática, crisis del Covid-19, crisis de los grandes partidos, crisis inflacionaria, crisis alimentaria, crisis demográfica. Parece que Alemania se enfrenta a algo más que un póker de crisis. Y, como decíamos al principio, el problema más grave no está dado por cada una de ellas en particular, sino por la mutua retroalimentación e influencia que ejercen una sobre la otra. Enfocarse en una sola es un error. Ignorar cualquiera de ellas por parecer lejana o poco urgente, también. ¿Seremos capaces de brindar una respuesta integral a esta polícrisis?

3. Véase: <https://www.dw.com/de/deutschland-braucht-400000-migranten-pro-jahr/a-58962209>

Staff: Rector: Carlos Greco. **Secretario de Cultura, Comunidad y Territorio:** Mario Greco. **Edición general:** Micaela Cuesta. **Colaboran en este suplemento:** Claudio S. Ingerflom, Franco Delle Donne y Mario Greco. **Agradecimiento:** Revista *Anfibio* por la cesión de las ilustraciones.